
Las diferencias suprimidas: tres lecturas en torno a la ex Yugoslavia

Juan Goytisolo, *Cuaderno de Sarajevo. Anotaciones de un viaje a la barbarie*, México, Aguilar, 1994, 104 pp.

Peter Handke, *Un viaje de invierno a los ríos Danubio, Save, Moravia y Drina o justicia para Serbia*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, 136 pp.

Robert D. Kaplan, *Balkan ghosts. A journey through history*, Nueva York, Vintage Books, 1993.

Daniel González Marín

El 8 de noviembre de 1989, cuando las autoridades de la República Democrática Alemana declararon a Berlín ciudad de libre tránsito, a la medianoche, cientos de hombres y mujeres se volcaron hacia ese moderno "muro de las lamentaciones", símbolo ignominioso de un mundo que durante décadas se pensó, se quiso pensar, dividido en dos grandes bloques. El fin de la guerra fría, la promesa libertaria gestada entre vítores y un optimismo ciertamente legítimo,

no tardaría en descubrir una mueca petrificada y obnubilante.

El desmembramiento de la Unión Soviética con sus efectos de alud, la disolución de las fronteras, la aniquilación piedra por piedra del Muro de Berlín, fueron la antesala sombría de otros muros que a la sazón aprovecharían dicho polvo para invocar nuevos fantasmas cubiertos de huellas del pasado y que durmieron en el imaginario colectivo implícitamente.

Si la Primera Guerra Mundial señaló el punto de partida de un siglo cruento en el que los viejos ideales de la Ilustración fueron sepultados uno por uno en las trincheras, en los campos de concentración, en las ciudades devastadas de Hiroshima y Nagasaki, la guerra en la antigua Yugoslavia puso en duda la animosidad que tras la caída del Muro anunciaba el fin de una etapa oscura y el comienzo de un reino en donde la libertad sería ama y señora.

El análisis apresurado, el entusiasmo sin ponderaciones, lamentaría una y otra vez la creencia ingenua en que el derrumbamiento de una frontera significaba el fin de *la* frontera por antonomasia.

Con el antecedente inefable de la guerra del Golfo Pérsico, no era de sorprenderse que las pantallas de televisión y las páginas en los diarios de todo el mundo transmitieran y se inundaran de las imágenes aterradoras de la devastación, la *limpieza étnica*, el magnicidio

sistemático, el círculo vicioso de las opiniones investidas de sentencia política. Si bien es cierto que ello contribuyó a difundir un conflicto en gran escala, resultado de la recomposición del mapa europeo que tuvo lugar desde 1914, y sensibilizó una vez más acerca del carácter inútil y execrable de toda guerra entre hermanos, la retórica periodística sólo en pocos casos logró trascender el culto morbido por la violencia verbal y física.

De entre la innumerable masa de artículos, reportajes, crónicas y libros de historia que afanosamente pretendieron dar cuenta, a la par, del conflicto bélico y comprender los resortes que lo motivaron, sobresalen tres libros, tres miradas o, mejor dicho, tres interrogaciones sobre los campos minados de esta región de los Balcanes. Cada una de ellas escrita desde dimensiones intelectuales y materiales distintas, rigurosas pero no despojadas de una razón conmovida y apasionada.

Se trata del testimonio del escritor español Juan Goytisolo en *Cuaderno de Sarajevo. Anotaciones de un viaje a la barbarie*, del polémico y debatido texto del dramaturgo y novelista austríaco Peter Handke, *Un viaje de invierno a los ríos Danubio, Save, Moravia y Drina o justicia para Serbia*, y de la evocación multitemporal del periodista norteamericano Robert D. Kaplan en *Balkan ghosts. A journey through history*.

El punto de partida en cada caso fue un viaje físico y espiritual, en tiempos distintos, por la ex Yugoslavia: en el otoño de 1993 tuvo lugar la estancia de Goytisolo en la capital de Bosnia; en el invierno de 1995, una vez firmados los tratados de Dayton, el de Peter Handke a Serbia; y el relato de diversas visitas a los Balcanes por parte de Kaplan desde principios de los noventa. Precisamente porque en ninguno de ellos priva la intención de erigirse como jueces supremos de la verdad, su perspectiva no se lee como una imposición sino más bien como el trazo de un sendero de bifurcaciones múltiples donde las causas unívocas parecen inaprensibles y propensas a cambiar en cada estación del recorrido.

¿Odios atávicos?, ¿diferencias religiosas?, ¿producto de un régimen autoritario que tan sólo ocultó la insurrección de los particularismos?, ¿querrela estimulada y promovida por las grandes potencias?, ¿canalización de los intereses políticos expresados por los países vecinos? Ni Handke, ni Goytisolo, ni Kaplan, parecen, y quizá tampoco pretendan, responder a estas preguntas por vía de la simplificación y el maniqueísmo.

A decir de Kaplan, en noviembre de 1989 Yugoslavia no existía todavía en la conciencia del mundo. "La guerra fría y la falsa división de Europa habían terminado, pero una distinta

escisión del continente, con mayores fundamentos históricos, se había apenas abierto: Europa y los Balcanes. Pero ¿a quién le importaba? Imposible saber dónde estaba la Historia, lo cierto es que me golpeaba la idea de imaginar cuán lejos, en espacio y tiempo, estaban los Balcanes de dicha Historia (p. 48).

El conflicto en Bosnia sólo puede explicarse, y en ello coinciden los tres autores, como una extensión, la más dolorosa y brutal, de las disputas serbio-croatas. Tanto histórica como culturalmente, sería imposible comprender la guerra en la ex Yugoslavia al margen de ese espacio común que constituye la península balcánica. Los tratados de Dayton, firmados en 1995, derivaron en una salida negociada al conflicto que a pesar de haber frenado los enfrentamientos armados, no ha estado exenta de dificultades.¹ Aún quedan territorios susceptibles de un estallamiento como el enclave de albanos en Kosovo o la república de Montenegro.

Los tres textos pueden leerse como un tetraedro en movimiento

¹ Al momento de escribir estas páginas (últimos días de agosto de 1994), el gobierno de la República Serbia de Bosnia decidió "romper relaciones" con la presidenta Biljana Plavsic, a quien acusó de violar la Constitución por haber disuelto el Parlamento y no acatar la decisión que en sentido contrario formuló la Corte Constitucional. Todo ello forma parte del enfrentamiento con los partidarios del ex dirigente serbio-bosnio Radovan Karadzic.

que va delineando el entramado de hechos irreductibles que se corresponden y colaboran, no obstante sus diferencias, a construir una visión compleja e inextricable de la realidad. Goytisolo y Handke se sitúan, cada uno, a ambos lados de la frontera serbio-bosnia, dividida por el río Drina. El primero ofrece un mosaico de viñetas en torno a la otrora deslumbrante Voivode Putnika, bautizada como Avendida de los Francotiradores durante la guerra en Sarajevo, ciudad fantasmagórica cuyas únicas señales de vida eran la colisión recurrente de los obuses sobre calles y edificios. Handke, por su parte, recoge testimonios, impresiones e imágenes en su trayecto —acompañado por dos amigos serbios avecindados en Europa Occidental— por la república Serbia, desde Belgrado hasta la ciudad fronteriza de Bajina Basta, en la que se detiene y avizora la otra orilla.

El otro vértice, ofrecido por Kaplan, proyecta líneas multidireccionalmente: de Croacia a Serbia, pero también hacia Albania, Rumania, Bulgaria y Grecia, con el objeto de reconstruir la historia común, conflictiva e insondable, que Marx llamaba despectivamente "la basura étnica".

El horror descrito por Goytisolo es de un orden distinto a la reflexión de Handke. "Todo el mundo [en Sarajevo] —apunta el español— está expuesto a la *negra* o, si se trata de creyente, al roce delicado de las alas de

Azrail, el ángel de la muerte de la tradición islámica (p. 21).

Durante el otoño que pasa en Sarajevo, cada día interminable engrosa los anales de una memoria del horror donde el espacio se estrecha y hospitales, depósitos de cadáveres y cementerios están saturados sin posibilidades de alojar a cualquiera de sus destinatarios. Sólo la muerte ha sido capaz de volver a reunir a judíos, ortodoxos, católicos y musulmanes.

Las estadísticas, incompletas siempre, que mudan hora tras hora, arrojan números ciegos ininterrumpidamente. En ellas se cruzan los muertos y heridos con los desplazados, los detenidos en los campos de concentración con los discapacitados y las mujeres violadas, mientras las Naciones Unidas y las potencias occidentales intentan, en vano, soslayar el fracaso estrepitoso de la política.

Los despojos de Bosnia, denuncia Goytisolo, se repartieron entre croatas y serbios, pero no poca torpeza demostró la ONU y sus representantes como mediadores en el conflicto. La desmedida burocracia de su llamada Fuerza de Protección, develó el enriquecimiento ilícito y la corrupción de algunos de sus miembros.

Como los inocentes culpables de Hermann Broch, los diplomáticos de la ONU fueron cómplices al acudir cual mudos espectadores al exterminio de una población diezmada. Las 37

resoluciones y las 30 declaraciones que el Consejo de Seguridad hasta ese momento había emitido, fueron, para Goytisolo, una perfecta comparsa del "teatro de sombras chinescas" montado por los contradictorios discursos del presidente Clinton y los líderes de la Comunidad Europea.

Detrás de la vacuidad de los dirigentes y su demagogia fulminante, el español descubre los mitos del poder que se ungen de imperativo y necesidad histórica. Al igual que Kaplan, no ignora el papel premonitorio de los símbolos en la historia de los pueblos. Los sueños imperiales de superioridad, el destino manifiesto que encuentra su razón en la irracional reivindicación de los derechos de sangre, raza o fe religiosa, se traducen en el dominio del reclamo y la exacción.

Fundado más en la búsqueda de una legitimidad política, toda forma de nacionalismo segregante y excluyente apela al "derecho histórico sagrado" como instrumento de reconquista. Para Goytisolo, en la tragedia de Bosnia han tenido un lugar protagónico los *chetniks* (partisanos serbios surgidos durante la Segunda Guerra Mundial), pero es insoslayable la retórica de los líderes croatas encabezados por Franco Tudjman, quienes recuperaron el pasado siniestro en que los *ustashi* (insurrectos) croatas asesinaron a 700 mil serbios en Jesenovac (el campo de muerte situado a 105

km de Zagreb y que durante la Segunda Guerra Mundial levantó el gobierno títere de Croacia bajo las órdenes de Hitler).

Es aquí desde donde se articula el libro de Handke, quien ha despertado toda suerte de calificativos: "abogado proserbio", "difamador", "yugófilo". El novelista aclara que sus impresiones no son los postulados de un "Yo acuso", sino "un poner las cosas en duda, un dar-que-pensar". En otras palabras, el reclamo de Handke apunta hacia la postura que, indiferenciada e indiscriminadamente, ve al serbio como el enemigo identificado. Handke aboga por las gradaciones y los matices que, afirma, "podrían ayudar mucho a liberar a los pueblos de las imágenes congeladas en las que se ven los unos a los otros" (p. 52).

Escasas palabras, según Handke, se han pronunciado en los medios de comunicación (traficantes del dolor humano) acerca de los serbios muertos en la guerra de diez días en Eslovenia, en junio de 1991, ni tampoco sobre los 600 mil que fueron considerados de segunda categoría al constituirse Croacia como un nuevo Estado, o la expulsión de Krajnas de otros cientos en el verano de 1995. En esta guerra, afirma, "los papeles del atacante y el atacado, de las puras víctimas y de los meros criminales, habían sido establecidos y fijados por escrito de un modo demasiado rápido

por la opinión pública mundial (p. 41).

Esta lucha, provocada y decidida en gran medida por las potencias extranjeras ajenas a todo el conflicto, ha destilado un veneno que, en palabras de Handke, jamás ha sido beneficioso: el veneno de las palabras. En su andar por las orillas del río Drina, el también cineasta se hace eco de quienes sospechan de las explicaciones finalistas que ven en la historia o la religión las causas de la guerra. Durante siglos, serbios, bosnios y croatas de distintas confesiones convivieron mutuamente, fundaron familias y se movían de un lado a otro de sus fronteras físicas pero también psicológicas.

Más preocupados por la estadística o los intrínquilos alrededor de las mesas de negociaciones, el periodismo de guerra, casi una especialidad, apenas atendió o divulgó la versión de los habitantes de la zona. Handke no es ajeno a este peculiar abordaje eurocéntrico sobre la diferencia y parece asumir la parcialidad de su mirada (aplicable también a las travesías de Goytisoló y Kaplan). Literato al fin, para Handke es indispensable escrutar no sólo en la escasez material signada por la guerra sino descifrar la miseria interior de quienes la padecen.

Las raíces de ese dolor profundo pueden trazarse y se remontan a siglos atrás, según la versión de Kaplan. En términos del corresponsal de *The New Republic*, la historia del siglo xx

proviene de los Balcanes. "Aquí, añade, los hombres han sido aislados por la pobreza y la rivalidad étnica, condenados al odio. Su política ha sido reducida a un nivel cercano a la anarquía que una y otra vez en la historia fluye desde el Danubio a Europa Central" (Prólogo, p. xxiii).

La permanente intervención de las potencias extranjeras desde las guerras balcánicas de 1912-1913, han favorecido la detonación de las tensiones religiosas. Yugoslavia, subraya Kaplan, no se deterioró repentinamente, sino gradual y metódicamente, paso a paso, durante la década de los ochenta.

A diferencia de los países de Europa que conformaban la órbita de influencia de la Unión Soviética, en Yugoslavia el descontento no se manifestó de manera vertical hacia la estructura de poder comunista, sino horizontalmente de un grupo a otro.

Grupos, por lo demás, con un origen común. Ambos, croatas y serbios, son pueblos eslavos, hablan la misma lengua y tienen nombres parecidos. Empero, el papel de los símbolos humanos e imaginarios subraya las diferencias y constituye siempre un factor de riesgo frente a una crisis moral colectiva.

En la historia de la antigua Yugoslavia, Alojzije Stepinac ocupó un lugar privilegiado y estratégico. Personaje emblemático de esta lucha, Stepinac fue arzobispo de Zagreb desde la década de los treinta y

uno de los principales instigadores de lo que él veía como la apostasía serbia. De manera importante se encargó de divulgar y promover la fe católica como el sello de identidad croata por excelencia.

Hombre polémico y feroz anticomunista, el religioso se negó a romper con el Vaticano en aras de crear una Iglesia católica nacional independiente, tal como le proponía Josip Broz "Tito". Su oposición le dio motivos al mandatario para eliminarlo políticamente y procesarlo por crímenes de guerra, al haber sido cómplice mudo en la matanza de serbios a manos de croatas durante la Segunda Guerra Mundial. El hecho contribuyó a crear para el arzobispo un estatuto de mártir entre la población croata, que persiste hasta nuestros días y fue un signo importante en la guerra reciente.

Este terreno de disputa que legendariamente ha sido la ex Yugoslavia, en el que el catolicismo croata se opuso al ortodoxismo serbio, es, para Kaplan, la manifestación de dos formas de vida, de dos concepciones del mundo a menudo opuestas.

Los gestos, los monasterios, las estatuas, los paisajes, son la impronta elegida por Kaplan para hablar sobre los Balcanes. Si en Sarajevo, musulmanes, judíos, católicos y ortodoxos convivieron en una armonía razonable, el periodista norteamericano ve en los pueblos circunvecinos la huella de un "odio salvaje

auspiciado por la pobreza y el alcoholismo”.

El panorama descrito por Kaplan es desolador; donde quiera que la mirada se aboque, pasado, presente y futuro despiden un olor mortuorio de asedio y hostilidades. Esa visión es compartida por Milovan Djilas, el brazo fuerte de “Tito” hasta que sus desacuerdos con los métodos del régimen comunista lo llevaron a prisión por cinco años y lo condenaron a la clandestinidad de un disidente desde 1966.

Kaplan comparte el escepticismo de Djilas, quien pronosticó para su país un futuro no muy distinto al de Líbano. Con el fin del comunismo, afirma, “se colapsó un sistema de centralización del poder erigido en contra de las bases de poder étnico-políticas. No era un nacionalismo clásico sino uno más peligroso, un nacionalismo burocrático construido sobre el interés económico” (p. 46).

¿Es posible, a pesar de todo, inventar el futuro, imaginar nuevas formas de convivencia y ejercicio de la política? ¿Cómo construir un nuevo espacio de encuentros y convergencias que no sea mitigado por el pasado inmediato, esa otra forma del presente? “La guerra, escribe Goytisolo —y, en general, todas las situaciones extremas— muestra como un revelado fotográfico, la índole moral y la identidad secreta de quienes la viven: su cobardía o coraje, rectitud o carencia de escrúpulos, abnegación o egoísmo” (p. 49).

Kaplan coincide en ello al afirmar que las posiciones de por sí radicales de Serbia y Croacia, lo fueron aún más en el caso de Bosnia.

En palabras de Mustafá Cerić, presidente de los imanes de Bosnia y entrevistado por Goytisolo, la Declaración de Derechos Humanos ha muerto en Bosnia. Occidente —agrega— no puede dar lecciones de ética al haber consentido que los paladines de la *limpieza étnica* violaran y asesinaran a mujeres y niños.

Con la guerra de cuatro años sufrida por Bosnia, con la destrucción calculada de Sarajevo, la opción de construir un ámbito donde las diferencias, sin suprimirse, se amalgamaban, desterró de la geografía del Viejo Continente “una concepción distinta, estimulante y abierta de la ciudad europea”.

¿Cuál puede ser el futuro para la antigua Yugoslavia, donde, a pesar de la tregua y las negociaciones, aún flota sobre el aire la humareda? “El primer impulso hacia la memoria común como la única posibilidad de reconocimiento”, responde Handke. Sin embargo, su propia posición, como la de Goytisolo, como la de Kaplan, se resguarda del juicio categórico y lapidario. La historia se inventa y construye, de ahí su carácter de pregunta abierta. El equilibrio puede ser lábil e impredecible.

Divergentes en varios puntos, estas tres lecturas sobre la ex Yugoslavia son, a su manera, un

gigantesco signo de interrogación, el terreno fecundo que demuestra que la historia no ha terminado y que la puerta está entornada. Inútil pretender cancelar el terreno de las posibilidades. La barbarie operada sobre la ex

Yugoslavia nos coloca en un campo donde las diferencias (étnicas, políticas, interpretativas) deben pensarse desde la complejidad, más allá del lugar común, la superchería ideológica y la tentación simplificadora.